

VIDA INTERNACIONAL

DE GAULLE IMPONE SU CRITERIO

Cuando, hace un año, se produjo la crisis de Berlín, el Premier británico Macmillan tomó la iniciativa de las negociaciones y viajó a Moscú. Allí tuvo que soportar más de un velado desaire pero, en realidad, rompió el hielo. Vinieron después las interminables conferencias de Ginebra, en las que los cancilleres de los Cuatro Grandes se reunían y se volvían a reunir en un fastidioso juego de paciencia. Pero, entre tanto, muerto ya Foster Dulles y como consecuencia de la iniciativa inglesa, el peso diplomático de Londres había aumentado. Cuando Khrushchev retiró prácticamente su ultimatum y aceptó la invitación de Eisenhower para viajar a Washington, el trascendental acontecimiento se miró como debido en parte decisiva a la mediación inglesa del tenso invierno anterior. Era Inglaterra la que urgía a todos y, ante todo, a Washington, a imprimir un ritmo acelerado a las negociaciones entre Oriente y Occidente. Las prevenciones del gobierno norteamericano contra los rusos parecieron vencidas por la ruda jovialidad de Khrushchev y las exhortaciones británicas a aprovechar el nuevo ambiente internacional antes que se enfriara. Fué así como, en octubre, luego de las conversaciones en Camp David, Eisenhower dio a entender que la Conferencia en la Cima de que se hablaba hacía meses, se celebraría antes de fines de año. Esa prisa no agradaba mucho a De Gaulle, pero Londres y Washington estaban ya de acuerdo en proceder rápidamente. Antes de Navidad, el mundo vería cómo las Cuatro Grandes Potencias llegaban a acuerdos generadores de una distensión internacional.

Resulta ahora que la famosa "Conferencia en la Cima" no habrá de celebrarse hasta mayo...

¿Qué ha pasado?

Los norteamericanos saben perfectamente que ellos son el país que da a los demás de Occidente el poder de resistir a Rusia, pero que, tanto o más que su poder material para ello, cuenta ese mínimo de respeto a la opinión ajena que es la base de la democracia. Rusia representa un poder totalitario y,

además, incomparablemente mayor que el de los países que pertenecen al mundo comunista, salvo China. La Unión Soviética, al menos en Europa, no tiene aliados sino satélites. Estados Unidos, al menos en Europa, no puede tener sino aliados y, por la naturaleza de las cosas, tiene que transigir con sus aliados.

Estos, muchas veces, han tenido que plegarse a la voluntad del país que ejerce la jefatura de la alianza occidental. Los ingleses incluso se han visto en ese caso y Francia fué amenazada abiertamente en una oportunidad por Dulles con "una desgarradora revisión" de la política norteamericana a su respecto. Sin amenaza ninguna, procediendo con la confianza imperturbable del hombre que sabe lo que quiere y que se sabe en situación de imponer su criterio, De Gaulle se atravesó olímpicamente en el camino de los planes diplomáticos de la Casa Blanca.

Es cierto que el presidente francés es un hombre poseído por el sentimiento de la grandeza de Francia, de su insustituible importancia en el mundo y guiado, a la vez, por un concepto más bien tradicional —y hasta arcaico, en cierto modo,— de la soberanía nacional. Ya demostró su fuerza en ese sentido cuando armado sólo del respaldo moral que la daba su carácter de "jefe de los Franceses Libres" se arrogó la representación de Francia, se identificó con ella y convirtió a la Cruz de Lorena en la más pesada cruz que Churchill tuvo que cargar, según éste mismo dijo con humor no muy risueño.

Es muy posible que esos solos elementos no le hubieran bastado ahora si en Washington se supiera con claridad y firmeza cuál debe ser la línea diplomática de Estados Unidos en la situación creada con el viaje de Khrushchev.

¿HAY UNA INCOGNITA SOVIÉTICA?

Pero en Washington parece haber algún desconcierto. Durante años, bajo la jefatura de J.F. Dulles, en la Casa Blanca se dijo que una "Conferencia en la Cima" era deseable sólo cuando se establecieran acuerdos previos, fundamentales, capaces de garantizar el éxito de la reunión y de impedir que ésta terminase transformada en instrumento de propaganda del comunismo. Friamente analizadas, las declaraciones de Khrushchev durante su gira norteamericana, ¿han introducido un elemento nuevo en la situación inter-

nacional? ¿Se ha retirado Rusia de alguna de sus posiciones de fuerza? ¿Ha dado garantías serias e irrevocables de su voluntad pacífica? Hay que contestar que no. Lo que se ha producido es, fundamentalmente, un fenómeno psicológico, que puede tener proyecciones históricas, pero que no es en modo alguno irreversible.

Cuesta mucho imaginar que mañana, movido por necesidades de la aún misteriosa política interna soviética, Khrushchev se dirija a sus conciudadanos y, utilizando toda la fuerza de la información y la propaganda, en un Estado totalitario, les diga: "En prueba de la voluntad pacífica del pueblo ruso y del comunismo, yo he ido a Estados Unidos. Allí he dicho sinceramente lo que pensamos y queremos hacer. He soportado hasta insultos y humillaciones de los necios lacayos del capitalismo, pero volví a la Unión Soviética feliz de haber trabajado por la paz mundial. Propuse un plan de desarme total, para acabar con la guerra y hacer que en la lucha entre capitalismo y socialismo triunfara el sistema capaz de lograr mejor la felicidad de la humanidad, y propuse que nos reuniéramos a la brevedad posible los jefes de gobierno para solucionar nuestras dificultades. ¿Y qué ha ocurrido? Han tomado nuestra buena voluntad por debilidad, nuestra paciencia por temor. No han querido coger nuestra mano tendida y la han escupido. Nuestro territorio sigue rodeado de bases norteamericanas y Estados Unidos y sus aliados de la OTAN no han desmovilizado ni un solo hombre. Están postergando con falsos pretextos la reunión de los jefes de gobierno que hemos pedido tantas veces y, entre tanto, tratan de recuperar la ventaja que les llevamos en materia de cohetes y otras armas, creyendo que nos hemos quedado dormidos. El siniestro canciller Adenauer, moviéndose como una araña, ha frustrado ya los deseos de los que quieren evitar que el militarismo alemán actúe de nuevo como punta de lanza contra nuestra patria socialista etc., etc.? ¿Cuesta mucho imaginar un discurso semejante en unas cuantas semanas más, mañana mismo, tal vez?

Los que creen que el hierro de la distensión internacional debe batirse en caliente parecen creer también que Khrushchev podría realizar, por varias razones, semejante viraje. O finjen creerlo. En todo caso, no quieren dejar a los rusos la iniciativa de la paz, que,

diplomática y propagandísticamente, es una posición favorable.

Pero, por otro lado, hay quienes, como De Gaulle, están convencidos de que los soviéticos necesitan rápida y realmente la paz y la distensión. Tanta sería su necesidad, que estarían dispuestos a hacer concesiones si los occidentales no se muestran dispuestos a ceder de buenas a primeras. ¿Quiéren los de Moscú una "Conferencia en la Cima"? Que demuestren primero, con hechos, su buena disposición, su voluntad pacífica y, con esos mismos hechos crearán también una mejor posición a las naciones de Occidente en el momento de abrirse la conferencia.

Evidentemente, esta línea diplomática también tiene su lógica. El supuesto de esa línea es que los rusos necesitan un largo período de paz asegurada, para dedicar a "la construcción del socialismo" la abrumadora proporción de recursos que actualmente destinan a elementos bélicos y que equivale a una cuarta parte de su producción total. En esa forma podrían acelerar su ya rápido desarrollo y vencer a las potencias democrático-capitalistas en la carrera por la conquista pacífica del mundo subdesarrollado.

LA LUCHA POR EL MUNDO SUBDESARROLLADO

Habría que recordar aquí que De Gaulle es, de los gobernantes occidentales, el que más claramente ha llamado la atención sobre la responsabilidad de las grandes potencias en el desarrollo de los países económicamente atrasados, mediante una efectiva solidaridad internacional. Ese fue el gran tema de su primera conferencia de prensa. El de la segunda conferencia fué otro muy distinto, directamente relacionado con la actitud asumida por Francia en la presente coyuntura internacional.

Ya el 21 de Octubre, el gobierno francés se había opuesto a la celebración de la "Conferencia en la Cima" si ésta no era objeto de una cuidadosa preparación. Para esto era necesario que, a su vez, el propio De Gaulle se entrevistara también con Khrushchev, quien, para dicho efecto, había sido invitado a Francia. Dos días más tarde, el propio general anunció la aceptación del jefe del gobierno soviético y el 10 de noviembre, en la segunda de sus espectaculares conferencias de prensa, ante 700 periodistas, el presidente De Gaulle confirmó con toda

claridad que no habría reunión de los Cuatro Grandes antes que él mismo conversara con Khrushchev; como éste visitaría Francia en la segunda quincena de marzo y luego él, De Gaulle, viajaría, a su vez, a Inglaterra y, posiblemente, a Estados Unidos en el curso de abril, no habría "Conferencia en la Cima" hasta mayo. Habría tiempo así para que: a) Los aliados occidentales se pusieran de acuerdo sobre una política conjunta en dicha coyuntura; y b) Dieran pruebas los rusos de sus buenas intenciones. Con todo esto, a la vez, Francia y el propio De Gaulle aparecían en el primer plano, como elemento decisivo en la regulación de las relaciones entre Oriente y Occidente.

AMERICA LATINA, CONTINENTE OLVIDADO

Aún se carece, evidentemente, de la perspectiva suficiente para apreciar la verdadera importancia que ha de tener en la historia mundial el cambio impuesto por Francia a las negociaciones. Quizá algún día los historiadores puedan especular sobre lo que debió de ocurrir al celebrarse la reunión de los jefes de gobierno de las grandes potencias en Diciembre de 1959 en vez de cinco meses más tarde; o, lo que podría ser peor, sobre cómo se perdió una oportunidad para negociar la paz debido a la tozudez de un general que quería devolver a su país una importancia internacional de primer plano que ya no estaba en situación de sostener. Todo eso pertenece aún a los misterios del futuro, pero desde luego aparece que hay grandes cosas en juego, no simples caprichos de gobernantes.

Tampoco es por capricho que esos gobernantes viajan y anuncian viajes. Ya es cosa de rutina que los cancilleres y Primeros Ministros europeos se desplacen de una capital a otra. Al viaje de Selwyn Lloyd a París a mediados de noviembre, siguió inmediatamente el de Adenauer a Londres. Más o menos por los mismos días se anunciaba que el mismo canciller alemán viajaría a París antes que Khrushchev y que De Gaulle visitaría a Su Majestad Británica. Alrededor del 20 de diciembre, todos los jefes de Estado de las grandes naciones occidentales se encontrarían en París, y antes el general Eisenhower alcanzaría a hacer un viaje hasta el subcontinente indio. Durante su primera campaña presidencial, Eisenhower había anunciado ya su inten-

ción de tomar contacto personal, como presidente, con los jefes de otros países. Más de siete años después, cuando ya su gestión política se acerca al término, el presidente norteamericano se decide a hacer un viaje que, según no pocos norteamericanos, debió realizar hace mucho tiempo. De esta manera, lo que debió ser el inicio de una política se convierte en una adiós más o menos melancólico, según escribió el redactor diplomático del "New York Times".

Los periodistas norteamericanos suponen que el contacto personal con la miseria y los agudos problemas de la India y Pakistán, especialmente, harán volver a Eisenhower a París decidido a insistir en un punto ya tocado hace unas semanas. Hasta ahora, prácticamente la totalidad del peso de la colaboración internacional con los países subdesarrollados lo ha soportado Estados Unidos. El gobierno norteamericano, en cuanto terminó la guerra, puso en práctica la colaboración internacional y ayudó a los países europeos con miles de millones de dólares, casi todos a fondo perdido. Ahora esos mismos países se encuentran en un estado tan floreciente como nunca habían conocido, gracias, inicialmente al menos, a la ayuda de Estados Unidos, el cual sigue cargando con la gran mayoría del costo de la cooperación internacional. Si Rusia quiere la paz —Y ¿por qué no ha de quererla si puede ganar la guerra sin disparar un tiro?— ha de intensificar su esfuerzo para ganar a los países subdesarrollados mediante la penetración económica y política y la prueba de que el régimen comunista es el único capaz de sacar a los países atrasados de su condición más y más miserable. Frente a esa ofensiva posible y a la perspectiva segura del creciente retraso de los pueblos subdesarrollados ¿cómo han de reaccionar los países ricos e industrializados de Occidente? La clave del futuro inmediato reside mucho más en este punto que en cualquier otro que pudiera plantearse con caracteres más o menos espectaculares en la primera plana de los periódicos.

Lo grave para América Latina es que las grandes potencias europeas tienen ya, por imperativos políticos y por vínculos económicos preexistentes, determinadas áreas del mundo subdesarrollado a su cargo. Gran Bretaña se halla a la cabeza del Commonwealth y las naciones de la Pe-

queña Europa (Alemania, Bélgica, Francia, Holanda, Italia y Luxemburgo) han colocado a las posesiones africanas de dos de ellas como campo de sus inversiones comunes ¿Se decidirá Estados Unidos a cumplir con las obligaciones que le impone el sistema interamericano y que el gobierno de Washington ha tomado hasta ahora como simple facultad que puede o no actualizarse mediante una "ayuda"?

Entre tanto, el tiempo corre. No deja de ser significativo que, precisamente a mediados de noviembre, ocurrieran, en forma simultánea, cuatro hechos: la llegada de Mikoyan a México a inaugurar la Exposición Soviética en la capital de ese país; el anuncio en Río de Janeiro del envío de una importante misión comercial a Rusia para abrir nuevos mercados a las exportaciones brasileñas, especialmente café, el anuncio hecho, en Santiago de Chile, del envío de una misión semejante y la designación, en Washington, de una nueva Comisión encargada de asesorar al Ejecutivo en Asuntos Interamericanos. Según declaró el Secretario de Estado, la creación de ese Comité debería mirarse "como una prueba tangible de la importancia que Estados Unidos da a sus relaciones con las otras repúblicas americanas". También es sintomático que después de tantas reuniones, conferencias, informes, comisiones etc., esta nueva prueba tangible no ha despertado la menor emoción, ni la menor ilusión en "las otras Repúblicas americanas". Ante la incompreensión o la indiferencia del gobierno de Washington, el sistema interamericano marcha hacia una crisis peligrosa.

ALEJANDRO MAGNET

PROBLEMAS INTERNOS

DE EE. UU.

AL CONCLUIR EL AÑO

Podríamos calificar el año que concluye como el "año de los viajes". Año de viajes de toda clase: de políticos en son de guerra, de políticos en son de paz, de políticos que hacen propaganda, de proyectiles que descubren secretos estelares, hasta de posibles invasiones de la Luna por "terrestres" más o menos suicidas. Año también de turbu-

lencias y revoluciones, de agitaciones y temores de conflictos bélicos a escala mundial. Buena herencia la que deja el viejo que se va al naciente 1960! Al menos ésta es la impresión que recoge el ánimo del observador a través del girar vertiginoso y precipitarse de los acontecimientos en este dinámico país.

Cuando llegue esta crónica a manos del lector ya Eisenhower habrá terminado su visita relámpago a los Jefes de once naciones (incluido el Papa) en un esfuerzo supremo por coordinar los puntos de vista del mundo libre antes de que el dictador ruso se presente con nuevas exigencias ante una Conferencia en la Cumbre, conferencia que se suponía inminente, pero que ahora parece dilatarse cada vez más. Kruschev visitará Francia en Marzo. López Mateos, el Presidente de México irá a Rusia en Abril. Acaso más tarde le siga también el mismo Presidente de EE. UU. Los viajes no cesan! Y entre tanto algunas fricciones acá y allá han ido convirtiendo la guerra de fría en templada...por lo menos. Nehrú, el defensor impertérrito de la China comunista en las Naciones Unidas, se ve forzado a negociar con Mao-tse-tung una "cesión" pacífica de los territorios que el comunista chino le ha ocupado el norte de la India, su patria, sin duda como premio a sus buenos servicios. La Comisión de las Naciones Unidas enviada a Laos vuelve a Nueva York diciendo que no hay pruebas "evidentes" de la intervención comunista del Viet-Nam y hasta es muy posible que por bien de paz el prudente parlamento de este organismo internacional renuncie incluso a airear las matanzas de Hungría en pública sesión. Esto no impide el que Castro vocifere desde Cuba culpando a EE. UU. de todas sus desdichas interiores y que en Panamá la bandera americana sea arrastrada por grupos subversivos que intentan invadir la zona del canal.

Pero no es la política, ni siquiera la internacional, lo que más preocupa a los americanos: el tema de conversación más frecuente en estos últimos meses lo han constituido los fraudes descubiertos en los concursos con premios de la Televisión. Un joven profesor de la Columbia University, Carlos Van Doren, confesó abiertamente que los 129.000 dólares ganados en el programa llamado "21", y que le elevaron a la categoría de héroe nacional, los había obtenido gracias a la previa con-

nivencia con los organizadores del Programa, con perjuicio naturalmente de todos los otros concursantes y con fraude de los millones de espectadores que suponían honestos sus esfuerzos por superar a sus opositores con su ciencia. Como ocurre en estos casos, al tirar de la manta aparecieron otras muchas irregularidades y abusos. Y lo peor del caso ha sido que de las 150 personas llamadas a deponer bajo juramento, hubo más de 100 que negaron con mentira su participación en este escándalo, entre ellos el mismo Van Doren, lo cual añade a su falta el delito de perjurio ya que tal juramento de decir la verdad se demanda y se hace en nombre de Dios. Tan solo cuando en Octubre pasado intervino en el asunto una Comisión Especial de la Cámara de Representantes fué cuando se puso todo al descubierto y Van Doren se vió forzado a rectificar su declaración, admitiendo sus fraudes en la televisión y su mentirosa negativa ante el Gran Jurado que le había tomado declaración preventivamente.

De la investigación realizada se llegó a la conclusión de que virtualmente todos los concursos más importantes de la Televisión estaban amañados: el llamado "Tic Tac Dough" de la National Broadcasting en el que el Capitán O'Rourke había ganado 108.000 dólares; el "Desafío de los 64.000 dólares" lo ganaba por el mismo sistema una niña de 12 años actriz de cine llamada Patty Duke. Otro tanto ocurría con el programa gemelo de este llamado "La Pregunta de los 64.000 dólares".

También se descubrió que los organizadores habían recibido dinero para incluir en el Programa a empleados de algunas firmas comerciales que de este modo se beneficiaban con la publicidad consiguiente, etc.

Como en EE. UU. todo el mundo se pasa de tres a cinco horas diarias ante el aparato de televisión (hay más de 50 millones de receptores en otras tantas casas) la consternación y el escándalo producido han tenido una resonancia y una extensión enorme, no igualada por ningún otro escándalo. Los directores de las dos redes más importantes de Televisión reconocieron que era preciso hacer una verdadera limpieza y hasta el mismo Presidente se consideró obligado a declarar ante la prensa que era necesario continuar esta investigación hasta el fin, cayera quien cayese.

Lo que no parece escandalizar a nadie, al menos hasta el punto de levantar

una protesta pública (cosa en verdad extraña) es la enorme proporción de crímenes, robos, adulterios y escenas lúbricas que constituyen el fondo de casi todos los fines proyectados en la televisión.

Al lado de éste, apenas tienen importancia otros dos pequeños brotes de inmoralidad: el encarcelamiento del Jefe del Departamento de Pesas y Medidas de Nueva York al que se le acusa de falsear las básculas y consentir que los vendedores de carne den un peso menor que el debido, y la denuncia hecha por el Ministro de Salubridad del mal estado de las grosellas que los estadounidenses consumen en sus hogares en el famoso Día de Acción de Gracias, por contener a lo que parece muchas de ellas residuos de un desinfectante gravemente nocivo a la salud.

La huelga del Acero, ha sido otro de los problemas nacionales más graves y éste en verdad de una importancia vital para la nación entera. Después de 116 días de paro, los obreros se han visto obligados a encender de nuevo los hornos al decidir el Gobierno la aplicación de la Ley Taft-Hartley que le concede este derecho, siempre que una huelga ponga en peligro la seguridad o la salud pública. Durante los 80 días de trabajo forzado se debe intentar llegar a un arreglo que resuelva el conflicto. Si no se consigue, quedan los obreros de nuevo en libertad para volver al paro. Con todo, este pequeño plazo de respiro terminará el 26 de Enero y no se cree pueda servir de mucho ya que las negociaciones continúan sin avanzar y el poco acero que hasta entonces se haya producido no aliviará de modo sensible la escasez actual que ha cerrado ya muchas industrias. En noviembre había un total de 3.300.000 de obreros desempleados, sin contar los huelguistas, y su número va en aumento, sobre todo en la industria del automóvil. Los Sindicatos exigen que las demás grandes Compañías acepten las mismas condiciones del contrato firmado con la Kaiser Steel y que en conjunto suponen un aumento de 22 ½ centavos hora (en la actualidad el salario medio es de \$ 3,10 por hora). El principal obstáculo no está aquí sino en la condición bajo la cual aceptarían las otras Compañías este aumento y que les dejaría las manos libres para poder cambiar unilateralmente la reglamentación del trabajo siempre que se considere necesario para hacerlo más eficaz. Los Sindicatos temen este poder dictato-

rial y solo lo han aceptado en el nuevo acuerdo con la Kaiser Steel con tal que estos cambios se hagan por un comité paritario. Es evidente que las pérdidas por salarios y beneficios ascienden ya al orden de los miles de millones y nada extraña que las cotizaciones de valores en la Bolsa de Nueva York hayan reflejado esta situación crítica y no consigan recuperarse de la baja sufrida hace unos meses.

Y el que el Presupuesto de 1959 se vaya a cerrar con un déficit estimado en 4.000 millones explica el empeño puesto por Eisenhower en reducir los gastos del ejército reservando la mayor parte para los nuevos proyectiles y la petición hecha por EE. UU. a los 37 miembros del llamado Convenio General sobre Tarifas y Comercio (GATT), en su asamblea anual de Tokio, de que supriman las barreras con que actualmente impiden las exportaciones de este país. La razón aducida tiene su fuerza, y es que si esas naciones han podido resolver ya sus dificultades financieras y precisamente a base de la ayuda americana, justo es que ahora sean agradecidas a quien les sacó del apuro y no boicoteen sus ventas.

Una noticia en cambio que ha llenado de satisfacción a los americanos de todos los credos ha sido la elevación al cardenalato del Arzobispo Muench de Chicago y del Obispo de Fargo Mons. Meyer, actualmente Nuncio Pontificio en Alemania, elevación que es solo un indicio de la creciente fuerza de la Iglesia Católica en este país, pero indicio que viene confirmado, entre otros hechos reales, por la inauguración el pasado Noviembre del Santuario Nacional de la Imaculada Concepción en los terrenos de la Universidad Católica de Washington y que ha costado hasta ahora más de 30 millones de dólares. A la ceremonia asistieron más de 200 miembros de la Jerarquía Católica entre los cuales se contaban 100 Obispos y 5 Cardenales, en representación de 39 millones de fieles esparcidos por 16.000 parroquias

(sin contar otras iglesias de casas religiosas) en todo el territorio nacional. En ese día se hizo la consagración de EE. UU. a Nuestra Señora por el Cardenal Spellman Arzobispo de Nueva York.

Finalmente, y como resultado de su reunión anual, los Obispos han hecho público en un solemne documento titulado "Libertad y Paz", sus temores de que la campaña de acercamiento y pacificación iniciada por Krushchev en su visita a EE.UU. sea una trampa para arrastrar a su país y al mundo entero y envolverlo en las redes del Comunismo! "Es una ilusión —dicen— el empeñarse en llegar a una mútua inteligencia cuando el verdadero problema se halla en el conflicto entre principios esenciales y no en una falta de comprensión". "Al negociar con los Soviets no hemos de olvidar nunca que su sistema y el nuestro son fundamentalmente tan distintos como lo son esclavitud y libertad y (...) de que el único camino verdadero para la paz se halla en la guarda de la justicia, de la caridad y de la ley moral y no en la fuerza de las armas".

El documento que está firmado por los seis Cardenales, cinco Arzobispos y seis Obispos, declara valientemente que es imposible continuar viviendo como materialistas y pretender al mismo tiempo que los demás se conviertan a nuestro sistema de libertad y paz bajo la protección de Dios. "En vez de insistir en ello nos hemos dedicado a alabar nuestro elevado nivel de vida como el único fruto que debe esperarse de nuestra civilización y con ello hemos aceptado tácitamente la misma filosofía materialista del Comunismo". Hay que volver de nuevo a inculcar la guarda de la ley de Dios, la práctica de la abnegación y "de aquellas virtudes en las que se basa la solidez de la familia y la vida civil".

Esperemos que el año próximo traiga consigo mejores augurios para este país y para el mundo entero.

Nueva York, Diciembre 1959.

SEBASTIAN MANTILLA, S.J.